



¿QUÉ PAPEL TIENE LA ESPERANZA EN LA TERMINALIDAD?

Prof. Ángel García Ronda

En las épocas en que lo inevitable se nos hace presente y no nos da respiro, es evidente que la conciencia primero, y después la aceptación de esa inevitabilidad, pueden dar paso a dos caminos que me parecen totalmente distintos, por lo que suponen para el propio sujeto que sufre la amenaza de la extinción a un plazo ya no indefinido, como para aquellos con los que se relaciona.

Un camino es el del escepticismo ante cualquier sentido de la vida. Tal estado, si el sujeto llega al convencimiento de la objetividad de dicha carencia, desemboca en la desesperación –que no ha de confundirse con la angustia física ante la muerte, ni con la histeria o el abatimiento consiguientes– y por lo tanto en la inmovilidad anímica. Porque una cosa es considerar que la vida de uno mismo no ha tenido sentido al no haberse cumplido las expectativas que tenía –por responsabilidad propia o ajena– y otra es mantener la postura filosófica de que la vida es un absurdo total y no tiene ningún sentido para nadie.

En el primer caso, estamos ante la posibilidad de una tristeza subjetiva, superable por el convencimiento –también desde dentro o desde fuera– de que, en mayor o menor medida, a todos nos vence el fracaso de no haber logrado nuestras metas y eso forma parte de la condición humana. Ni los más altos genios, ni las personas más populares, ni los que obtienen los éxitos más aparentes, dejan de reconocer, al menos íntimamente, que su vida no ha sido como ellos la habían trazado y que, como la de cualquiera, ha estado llena de insatisfacciones.

El segundo caso es más grave, para el propio sujeto existencial y metafísicamente escéptico, al que nada ni nadie puede consolar, porque estima que todo consuelo, toda esperanza y todo sentido que se pueda añadir a la vida –en si–, no es más que una mentira, ya que están basados en el deseo de engañarnos y engañar a los demás, por interés, por ignorancia o por alcanzar una falsa tranquilidad. Pero también es más grave para los demás que están cerca del mismo sujeto, dado que, en la situación de cuidados paliativos que tratamos en estas jornadas, no va a inculcar ningún ánimo para evitar –según él– mentir o, más aún, engañar. Con lo que se comportará con indiferencia en el mejor de los casos, por no estar en contradicción con sus principios, e incluso con egoísmo no malintencionado, por alejarse de la tentación de romper su filosofía vital.

Quien piense así, sólo contra él mismo podrá atender a alguien que necesite Cuidados Paliativos en el sentido a que yo me refiero aquí; los que van dirigidos a la mente y al espíritu. Hago la excepción de quien siendo escéptico y riguroso intelectualmente, tenga el corazón blando y se deje llevar por el sentimiento ante quien sufre ya sin remedio, y le angustia su muerte terrenal como individuo.

Pero hay otro gran camino a recorrer y explorar ante la situación que aquí encaramos: es el de la esperanza. La esperanza es un estado indefinido del espíritu; como lo más importante que le ocurre a cada persona, se conoce más por sus manifestaciones que por una descripción precisa del propio fenómeno. Por otra parte, aunque tuviera la capacidad conceptual y dialéctica de un avezado filósofo o teólogo –que ni de lejos tengo– o me aventuraría a sintetizar el término de “esperanza”, porque seguramente mis oyentes o lectores terminarían más confundidos que ilustrados al cabo de lo que ya de ante mano vendría a considerar una temeridad de mi pensamiento.

De modo que me limito a decir que el que está incurso en una muerte sabida –a plazo incierto en cuanto al calendario pero indudable en la cercanía– necesita la esperanza. A mi juicio, no existe duda de que ella sola es la que puede establecer un puente para pasar al Otro lado. Sé que el bienestar físico puede contribuir de manera importante a la serenidad del espíritu, pero afirmo que, en ningún caso, es suficiente. Tan sólo bastará si el enfermo desconoce su estado, en cuyo caso estaremos en que la ignorancia bastará con añadir el analgésico. Pero, como saben, se trata de otra cosa. Y estamos hablando de contemplar ese paso y saber que nos acercamos a él del modo menos doloroso –es decir, anímicamente menos angustioso– posible.

Pues bien, ahí entra la esperanza, que o lleva consigo el enfermo o hay que tratar de inculcársela, y eso estando convencido de que cada una de las personas puede adquirirla en el campo que le sea más propio, sin engañarse, sin abandonar artificialmente sus más íntimos convencimientos y apoyándose en lo que constituye su personalidad en relación consigo mismo y con los demás.

Comencemos por los aspectos que son más inmediatos y que, sin comportar ninguna referencia externa al sujeto, son rememorables por él y que, tratados convenientemente en conversación con él y en reflexión por él, pueden constituir la esperanza más elemental pero

no poco importante. Se trata de hacer historia de la trayectoria vital pasada y, fundamentalmente, de los hechos satisfactorios protagonizados o recibidos por el sujeto y de aquellos en los que su participación sirvió a otros, aunque nunca fueran agradecidos; en definitiva, de valorar lo que a través de su vida el enfermo fue paladeando e hizo paladear a otros, en el terreno de lo laboral, lo científico, lo educativo, lo estético, y también lo doméstico, y no digamos lo afectivo y cualquier otra faceta de lo humano. Y con ello, de presentar esa vida como valiosa en sí misma y para otros, y naturalmente, para el que ahora le va abandonado.

En esta misma línea, pero ya hablando de los que han dejado una obra tras de sí, sea en terreno de la creación científica o artística, o en el campo religioso o político o de alguna faceta del pensamiento, parece posible añadir a la satisfacción antedicha la de una gloria futura que perdurará en el recuerdo, tanto más cuanto más profunda o extensa haya sido la obra realizada. No me refiero a los grandes genios, tantas veces no sabedores de su propia valía y tan escasos en número, sino a mucha gente que ha contribuido en buena medida a que la vida colectiva se haya ido enriqueciendo y que merece el recuerdo de sus contemporáneos y de otros que seguirán y sabrán de su esfuerzo. Si alguien me dice que eso es excitar la pasión casi pueril de la vanidad, le contestaré que esa vanidad está basada en el mérito y que bienvenida sea si contribuye a lo que estamos pretendiendo.

Otra esperanza a despertar, que siempre existe pero que puede estar dormida, es la que se pone en la continuidad de los descendientes, a los que uno ha dado vida y aliento, y que mantienen –aunque cada generación tiene sus propias maneras y se hace en buena medida, contra los deseos y las fórmulas de la anterior– una línea familiar que contribuye a la evolución de la sociedad en la que nacieron o a la que se trasladan. Pero aún en el caso de que no exista la descendencia, es preciso señalar y presentar a los ojos del que se aleja, que él es y ha sido un eslabón en la cadena que une un momento del mundo y el siguiente, que sin duda es un paso adelante en el desarrollo humano, del que cada uno no somos más que un átomo que dura un breve tiempo, pero necesario para los pasos que se han dado antes y se darán después.

Relacionado con esta visión del pasado y futuro está, aunque en un estadio más desarrollado, la que –más dinámica y con más fe en

el Hombre— contempla un futuro para la Humanidad, que ha de ser un camino de perfección infinita a la que nuestra especie aspira y logrará. Ahí están buena parte de las utopías políticas —son filosofía humanista de la esperanza, a pesar de sus a veces equivocaciones garrafales— que a tantos han hecho afrontar la muerte con serenidad y hasta con valentía de héroes. Y este sentimiento es más común de lo que se cree, de modo que hay que subrayarlo para aquellos que lo viene alimentando —a veces durante toda la vida— dentro de sí y lo tienen aletargado o lo han olvidado ante el trance que les aguarda.

Y abandonando los sentimientos y pensamientos que, aunque positivos, se asientan en la inmanencia individual, aunque no en la colectiva como vemos en algunos casos, llegamos a las facetas de la esperanza basadas en la trascendencia. Y aquí están las religiones que contemplan la eternidad como el campo en el que todos volveremos a encontrarnos definitivamente, ya que todos los hombres son inmortales.

Distingamos en este caso dos visiones de la permanencia y la inmortalidad —a fin de cuentas de la trascendencia— muy distintas y abordables de modo diferente. Una de ellas es la que espera en una inmortalidad personal pero incorporada a un todo, que asumirá a la Humanidad, es decir a cada uno purificado tras su desaparición terrenal. En ello hay una visión unitaria que deriva de un panteísmo, consciente o no, pero que profesan muchos creyentes sin religión precisa o que no ven claros algunos aspectos de la suya. Y el subsumirse o sentir de antemano que uno formará parte directa e íntima del Absoluto, resulta satisfactorio para quienes tiene el convencimiento de ese estado trascendente y puede serlo también para los que se fían poco de los hechos, los méritos y los logros que se pueden conseguir o que pueden merecer la pena en esta tierra. Esta vía puede ser fecunda para unos y otros en el sentido de conseguir que en el duro camino de la agonía vean la luz que será término de una etapa pero inicio de otra más perfecta y, por lo mismo, más satisfactoria.

La otra es la que espera una inmortalidad personal e individual, tal como la describen las religiones monoteístas y, en especial, explica la teología de la más cercana a nosotros, la cristiana en sus distintas variantes. No cabe duda de que, teniendo en cuenta nuestras características corporales y de personalidad espiritual o anímica, la esperanza más completa, exacta, adecuada y, si lo puedo decir, así

perfecta, es ésta, en la que uno piensa alcanzar un estado ultraterreno sin perder lo que amamos tanto: la individualidad. Pero incluso para los creyentes de fe fuerte, en la época final de sus vidas pueden aparecer algunas sombras, como la experiencia ha demostrado en no pocas ocasiones. Son de dos clases: las ortodoxas y las que atacan a la propia fe, ambas por tanto en contra de la esperanza.

Las primeras atañen al miedo a la condenación eterna, y se dan en creyentes conversos o en personas con grandes escrúpulos o sentido excesivo de culpabilidad; también en quienes han vivido una religión muy estricta o tuvieron una educación muy cerrada que ha marcado su carácter. En este caso, y sin salirse de la ortodoxia, que iría en contra de sus principios y sólo lograría turbarles, será necesario resaltar, ante estos enfermos, que un atributo divino como la misericordia –o la Gracia– supera cualquiera falta humana, que a, aún en el peor de los casos, queda muy por debajo de ella.

Las segundas se concretan en las dudas, que se dan en creyentes con fe no muy sólida pero llena de voluntad, o en personas a las que la situación morbosa les facilita los miedos y las diversas debilidades psicósomáticas. Aquí, para fomentar la esperanza, que está bien cimentadas de tiempo atrás, hay que apuntalar la fe que es característica del enfermo, señalando sus aspectos de fortaleza y poniendo de relieve que las dudas son producto de la situación subjetiva del propio enfermo.

He intentado, en definitiva, subrayar la importancia de la esperanza como forma de Cuidado Paliativo para la psique del enfermo y que también redundará, en muchos casos, en su mejora física, al menos en la sensibilidad respecto a su malestar. Para ello, hay que aprovechar las que sean líneas de fuerza de cada uno, sin intentar forzar su personalidad, sus creencias o su filosofía, pero dando importancia a todo lo que en él constituye motivo para dar un sentido a esa vida que ya se acaba. Y no se trata de lograr la conformidad del sujeto; una cierta rebeldía ante el hecho mortal es connatural a casi todas las personas en tal época inevitable de su existencia; la piden el cuerpo y el espíritu, salvo a los indiferentes ante sí mismo y a los auténticos místicos: dos especies rarísimas. Se trata de que el sujeto sepa que su muerte física no es el fin de todo, que su paso por aquí ha servido de algo y tiene relación con algo, y que, por lo mismo, debe irse con la esperanza en el corazón.

Por todo ello, creo que quienes tienen a su cargo, como sanitarios, como familiares o como amigos, a un enfermo en esa situación, deberán, como un cuidado especialmente importante, inculcarle o mantenerle la esperanza.